

ENSAYO

Sobre la poesía de Aurelio Arturo

WILLIAM OSPINA

Uno de los hechos más significativos de nuestra cultura está ocurriendo en esta sala, esta noche. Quienes somos apenas los testigos miramos con respeto a quienes son los protagonistas. Elvira Arturo, que en nombre de su familia recibe una pequeña parte del reconocimiento que le debemos a su padre. Los dignatarios de la Universidad de Nariño, que en nombre de su tierra natal le rinden un homenaje al primer poeta de Colombia. He sido encargado, por generosidad del Dr. Edgar Bastidas Urresty, para inaugurar esta cátedra, y el compromiso me preocupa. Mi principal relación con el poeta ha sido a través de su poesía, y en cambio veo aquí muchas personas que lo conocieron, muchos que fueron sus alumnos y sus amigos. Esta circunstancia me hace dudar de mis méritos para ocupar este lugar, y temo por lo que voy a decir. La poesía es un vasto dominio y nuestro amor por ella apenas sí justifica que hablemos de sus secretos en voz baja. Con todo, espero que nuestra admiración por la obra de Aurelio Arturo, y nuestra fe en la poesía, excusen el que intentemos hablar con claridad de las cosas oscuras, y que nos internemos atrevidamente en regiones que permanecen ocultas, protegidas por una suerte de bruma sagrada.

Señores:

Las preguntas son pocas y las respuestas muchas. Hoy, que intentamos, entre todos, inaugurar una cátedra de literatura, de poesía, debemos recordar que el secreto juego de las cátedras, de la pedagogía, es el juego de las preguntas y las respuestas. Pasan los años y los siglos, las naciones y los hombres,

pero siempre quedan el tiempo, la tierra y el hombre. Yo diría que las respuestas pasan y las preguntas quedan. Que las preguntas son eternas y las respuestas son parciales, breves, históricas. Vamos a hablar de un poeta, de nuestro poeta, y este tema se nos va a confundir con el tema más amplio de la Poesía.

Un filósofo dice que somos un signo cuyo sentido se desconoce. Y añade: "casi hemos perdido nuestra lengua en un suelo extranjero". Yo siento que los artistas, los poetas, nos rescatan al borde mismo de la disolución. Que laboriosamente, melodiosamente, nos salvan. Es, creo, lo primero que debemos decir de Aurelio Arturo. El poeta nació para nombrar el mundo. No para repetir, cambiando el metro o jugando caprichosamente con la fonética los envejecidos nombres de las cosas, sino para imponer a cada cosa su nombre. Para establecer un territorio donde sea posible vivir, amar, soñar, inventar, construir. Un territorio donde sea bello vivir y morir. Porque merecemos que se le dé una dignidad a nuestro vivir y a nuestro morir. Merecemos un mundo hecho a nuestra medida, donde se conviertan en obras perdurables nuestras pasiones, donde pueda crecer y afirmarse nuestra individualidad, donde sean controlados nuestros demonios y exaltados nuestros dioses.

Suele decirse que Arturo es un poeta de la naturaleza. Hay tantos árboles en sus poemas, tantos vientos, tantas aguas. Yo diría que la naturaleza no es el propósito de su obra sino un instrumento, un instrumento para buscar y venerar algo perdido. Pues la vida consiste, inevitablemente, en encontrar cosas y en perderlas. La vida es, de antemano, un paraíso perdido. Así lo dice una estrofa de Emerson:

*Este perder es el verdadero morir,
éste es el Señorial yacer del hombre,
éste, su verdadero y seguro declinar,
renunciando a su mundo estrella por estrella.*

Arturo había perdido, ante todo, dos cosas: el paraje hechizado donde transcurrió su infancia, y una mujer amada. Con esos dos elementos hizo su poesía. Al primero lo convirtió en melodiosa nostalgia. Al segundo en presencia total. Su instrumento fueron las palabras. Las palabras son mágicas, y desde antes de Platón nos preguntamos si son anteriores a la realidad, posteriores a ella, o si son la realidad.

El problema está planteado en estos versos de Borges:

*Si como el Griego afirma en el Cratilo
el nombre es arquetipo de la cosa,
en las letras de rosa está la Rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo.*

Para la poesía no existen diferencias entre las palabras y las cosas. La realidad de las palabras es absoluta. Oigamos a Arturo:

*Tumbos del agua, piedras, nubes, hojas
y un soplo ágil en todo, son el canto.
Palmas había, palmas, y las brisas,
y una luz como espadas por el ámbito.*

He releído algunos poetas de nuestra patria. Suele ocurrir que en ellos la mención del paisaje no pase de ser una digresión pintoresca, decorativa. En Arturo es una manera de definir nuestra presencia en el mundo, la existencia del hombre no como testigo de la naturaleza sino como parte de ella.

Ahora bien, Aurelio Arturo perdió a una mujer que quería. Es lo que deducimos de aquellos versos en los que habla de ella:

*Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,
si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,
¿qué encontraré en los valles que rizan alas breves?
¿Qué lumbre buscaré sin días y sin noches?*

Dante, poseído por el mismo dolor, se propuso la tarea de buscar a su amada en la muerte. De recorrer el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, luchando contra todas las leyes, para encontrarla de nuevo. Arturo decidió buscar a esa amada en el mundo, en las cosas que podían hablarle aún de ella, y descubrió que por todas partes estaba su sombra. No había cosa del universo que no la mencionara, y finalmente ella y el mundo se confundieron en una misma realidad misteriosa, incesante. Tal vez así se explica, por ejemplo, uno de sus más extraños poemas:

*Qué noche de hojas suaves y de sombras,
de hojas y de sombras de tus párpados,
la noche toda turba en tí, rendida,
palpitante de aromas y de astros...*

Ese modo tan singular del amor estaba como prefijado en los versos de San Juan de la Cruz, cuando alguien le pregunta por su amado a los campos y estos responden:

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.*

La poesía de Arturo renuncia al tono fúnebre típico de la poesía en lengua castellana. Su obra tan breve nos ofrece una sensación de la naturaleza que cambia para siempre el espacio en que vivimos. Su intensidad y su música parecen anunciarnos que ha llegado otra época. Es, además, en nuestro país la poesía más compleja por su sintaxis, la más audaz por su estilo, la más renovadora. Por él, como un acto de gratitud, por él, que de algún modo está aquí, presente entre nosotros, presente a través de su hija y presente a través de todos aquellos que amamos sus poemas, voy a intentar decir a ustedes por qué la poesía es importante y en qué medida depende de ella la posibilidad de que el mundo se salve y que nuestra civilización prevalezca.

Nada más adecuado, tal vez, para iniciar una cátedra que lleva el nombre de nuestro más intenso poeta, que hacer una reflexión sobre la poesía. Pero, ¿qué podemos decir de la poesía? ¿Qué puede ser más ilustrador sobre su condición y su poder que la directa lectura de un poema? Y sin embargo es un viejo sueño el pretender que la razón haga inteligible el misterio de las palabras. En los orígenes de la vida social el arte y la magia se confunden. Lo mismo la mano que traza las rojas líneas de un bisonte en la pared de piedra, el hechicero cuyos labios pronuncian un conjuro, o el hombre que talla un tosco muñeco de madera, buscan asir la realidad, descifrarla y dominarla. Nuestra época, tan demente y tan razonable, llama superstición a esos ejercicios del miedo y de la inocencia. Pero aún hoy la pintura, la escultura, la música, la poesía, logran producir en nosotros efectos que tal vez sólo se nombran con la palabra magia. Pueden rozar las zonas más desconocidas y más oscuras de nuestro espíritu, y a veces parecen despertar en nosotros facultades sobrehumanas. ¿Quién no siente como una vislumbre profética en sus abismos cuando lo toca aquel verso de Emerson.

El mal será una bendición y el hielo de quemarse.

. . . esa sucesión de palabras tan clara y al mismo tiempo tan sombría y como demencial, que deja flotando una sombra perturbadora sobre el vago futuro?

Un joven enamorado que extrema los recursos de su elocuencia y los matices de su ternura para seducir a una muchacha, un orador que arenga a las tropas para estimular su coraje, un sacerdote que predica el amor de Dios a su ira, un hombre indignado que insulta, un maestro que comparte con los alumnos su fascinación por un tema, un hombre que miente, un niño que altera el orden de las palabras, un loco que pronuncia frases descabelladas, se mueven, siquiera fugazmente, en el ámbito de la poesía. En el joven enamorado sentimos el tono de Ovidio. En el orador, la vehemencia de Tirteo. En el sacerdote, la pasión de Moisés. En el furioso, la intensidad de Shakespeare. En el maestro, la ternura de Hesíodo. En el mentiroso, las astucias de Scherazada. En el niño, los celos de Carroll o de Mallamé. En el loco, la embriaguez inspirada de Rimbaud. La poesía ronda, aguarda, irrumpe por cualquier costado de la realidad. Está, imprecisa y fugaz, en todos los actos humanos, porque la substancia de la poesía es el lenguaje y el lenguaje es la condición misma de nuestra realidad. Y el lenguaje, en suma, es memoria. No ignoraban los griegos, modelo insustituible de nuestras artes, que la madre de las musas es la Memoria, esa Diosa que llamaban Mnemosyne.

Muy bien, nos decimos, ya se sabe entonces dónde está la poesía, ya se sabe que está aquí y allá. Pero, en definitiva, ¿qué es? Vivimos ávidos de definiciones que resuelvan de una vez por todas el problema y nos dejen cómodamente instalados en la certeza. Por eso nos impacienta ésta liebre insasible que se ve pasar por todas partes y de la que nada o casi nada podemos decir. Pues ella está aquí para ser sentida, pero no para ser atrapada. Más bien ella atrapa. De algún modo la mudable realidad que fluye y se esfuma perdura en las palabras. Palabras son ahora Grecia y el Imperio Romano, palabras aquel arduo viaje por el desierto desde un país de pirámides, palabras los jardines de Babilonia y las campañas napoleónicas, intensas palabras que nos permiten vivir, a su modo, esas cosas que no pudo concedernos la historia. Siglo a siglo, noche a noche, alguien vuelve a presenciar el asedio a los muros de Ilión, vuelve a ver a la llorosa Helena hablando con Príamo en lo alto de las murallas, vuelve a escuchar los sollozos del joven José en el fondo de la cisterna, a ver el estupor de Saúl, que buscando unas cabras perdidas encontró la corona de Israel, a perderse en las com-

plejas pasiones de los héroes de Shakespeare. Con cuánta plenitud perduran esas cosas en la melodía del lenguaje, con cuánta intensidad nos dejamos rodear por el mundo contenido en esas palabras. Oigamos solo cómo comienza una tragedia de Shakespeare:

*Ahora nuestras frentes están ceñidas
por guirnaldas victoriosas,
nuestras melladas armas
colgadas en trofeos,
nuestras amenazadoras llamadas al alma
se han cambiado en alegres reuniones,
nuestras temibles músicas de marcha
en danzas deliciosas.*

Yo diría que una de las primeras funciones de la poesía es esa de conservar y perpetuar los altos momentos del mundo y del hombre. La de existir en la memoria colectiva, en la que todos los hombres vuelven a mirar, a vivir y a juzgar su pasado común. Sí, la poesía lo hace, pero no es esa por ventura la labor de la historia y de los historiadores? He allí un primer conflicto. Volvémonos hacia el pasado y veamos cómo los poetas se nutren de la Historia.

Veamos a Shakespeare leyendo en la noche las crónicas de Holinshed, a Victor Hugo devorando centones, a Hölderlin leyendo junto al Neckar los tomos de Winkelmann. Y digamos que leemos a los historiadores para enterarnos, de un modo frío, razonable, fragmentario, de lo que ocurrió en otras épocas, pero que leemos a los poetas para sentir, para vivir esos hechos. Y que todo aquello que nos los haga vivir merece ser llamado poesía. Es allí donde está el fundamento de esa hermosa fábula de Borges en la que un Rey le pide al poeta un poema donde esté, no la descripción de la batalla, sino la batalla. Es en esa capacidad de la poesía para perpetuar no sólo hechos, cifras y nombres sino pasiones, sentimientos, vida pura, palpitante, inmediata, donde se funda su capacidad para ser verdadera memoria de los pueblos. He aquí un fragmento de *El Rey Juan*:

Entra Humberto.

Humberto: Señor, dicen que esta noche se han visto cinco lunas: cuatro fijas, y la quinta zumbaba alrededor de las otras cuatro en movimiento prodigioso.

Rey Juan: ¿Cinco lunas?

Humberto: Viejos y viejas, por las calles, profetizan peligrosamente sobre ello: la muerte del joven Arturo corre de boca en boca, y, cuando hablan de él, sacuden la cabeza y se susurran al oído unos a otros. Y el que habla agarra por la muñeca al que le escucha, mientras que el que escucha hace terribles gestos, frunciendo el ceño, dando cabezadas, revolviendo los ojos. He visto a un herrero que se quedaba con el martillo así mientras el hierro se le enfriaba en el yunque, tragándose con la boca abierta las noticias de un sastre que, con sus tijeras y su medida en la mano, y con las pantuflas metidas a toda prisa al revés en los pies, hablaba de mil guerreros franceses que estaban fortificados y alineados en Kent. Otro artesano macilento y sin lavar, le cortó el cuento hablando de la muerte de Arturo.

Pero poco sería la poesía si solo fuera una especie de archivo del pasado. Debemos hablar ahora de otra de sus funciones, la que más desfigurada aparece a nuestros ojos y la que más nos incita a temer por el futuro de nuestro mundo y de nuestra civilización. Nadie habrá dejado de sentir que un tema común a muchísimos poetas es lo que podríamos llamar la nostalgia de Grecia. Esta nostalgia, que se lee por ejemplo en los versos de nuestro poeta Porfirio Barba Jacob:

*Iba al Oriente, al Oriente
hacia las Islas de la Luz,
a donde alzara un pueblo ardiente
sublimes himnos a lo azul.*

y que se lee en los versos de John Peale Bishop:

*Debo aprender de nuevo el gran papel de hombre
(Aunque para cada hombre las líneas son escasas)
Y proclamar, con toda la pasión que me sea otorgada
El papel que primero desempeñó, y noblemente, un Griego:
El tiempo es la trágica responsabilidad del hombre. . .*

tiene su más alta expresión en los últimos siglos en la voz más poderosa de Alemania, la de Friedrich Hölderlin. Esa nostalgia no es retórica, al contrario, yo creo que apunta a algo esencial: La Poe-

sía significaba para los griegos mucho más que para nosotros; estaba en la raíz de su religión y de sus instituciones políticas. Licurgo no sólo trajo al Atica los poemas de Homero: sabemos que extrajo de ellos buena parte de sus leyes. Los griegos sabían, como ningún otro pueblo, que el poeta es un legislador, que la Poesía establece la realidad, la hace habitable y sagrada, nombra las pasiones y los sentimientos, sitúa, diferencia e impone a la confusa realidad natural un orden nacido de la clarividencia del espíritu; sabían que por ello es el espíritu el que habla por su boca, y habla para llenar de sentido lo que parece sujeto meramente a las ciegas fuerzas irracionales. Quien compara al poeta con Adán, que en el Paraíso impuso a cada criatura su nombre, sabe que sólo el lenguaje ordena y sitúa, que sólo a través del lenguaje el hombre puede establecer los valores y las jerarquías y construirse un mundo. Y si bien nuestras instituciones tienen aún un principio sagrado, cada vez perdemos más la conciencia de esos orígenes y cada vez más la poesía tiende a convertirse en un juego inane de destrezas y astucias para el sentimiento colectivo. ¿Qué es la poesía sino un juego? Dicen en nuestro tiempo los partidarios del calembour y del arte como pasatiempo. ¿Qué es un poeta sino un personaje pintoresco, la desgastada réplica del Dandy de los salones del Siglo XVIII, del loco de las tabernas del XIX, del esclavo de las tipografías del siglo XX, entregado a las frivolidades de la vida social y de las relaciones públicas? Cuando los poetas miran a Grecia, están recordando ese momento de la historia en que un pueblo reconoció, no excesivos honores, riquezas ni adulaciones, sino el puro honor de ser considerados una parte necesaria de la realidad fundamental, una de las columnas de la sociedad, el punto de contacto con el misterio del mundo y del hombre, la severa o alegre voz de la divinidad.

Me gustaría hacer aquí alguna anotación sobre la presencia de los Dioses en la obra de Hölderlin. Desdichadamente somos descreídos, porque el ateísmo y el escepticismo nos han negado la posibilidad de acercarnos a ciertos temas con inocencia. La incredulidad casi profesional de nuestra época hace que la sola mención de Dios o de Dioses caiga en el discutible imperio de la superstición, de la ignorancia o de la polvorienta tradición. Hay que entenderlo. Yo puedo no ser católico, luterano o calvinista. Yo puede sentir como una imposibilidad física ser musulmán o budista. Como una imposibilidad obvia profesar la religión de los griegos, de los egipcios o de los primitivos habitantes de América. Sin embargo yo no

me atrevería a negar la existencia de las divinidades que presidieron esas mitologías. Tan llena de Apolo y de Zeus, de Dionisos y de Cristo, de Mahoma y de Buda, de Osiris y Odín está la Historia, que discutir esa existencia valdría tanto como discutir la realidad remota de Cartago o de Tebas, como discutir la fé titánica y el pavor que hicieron posible la construcción de las catedrales góticas.

Esto nos enseña la Poesía: sólo una fuerza divina pudo guiar a Juana de Arco en su campaña victoriosa desde los bosques de la Alsacia hasta la hoguera de Ruán, sólo una fuerza divina pudo animar a Mahoma y a Francisco de Asís, e incluso, corriendo el riesgo de anticiparnos a una mitología que aún no existe, sólo una fuerza divina pudo actuar en los trabajos de Napoléon, de los conquistadores de América, de los hombres que pisaron la luna. Alguien puede objetar: ¿por qué esa inútil y absurda atribución de las proezas de los hombres a unos gastados e improbables poderes sobrehumanos? ¿Por qué, ahora que lo sabemos todo, en el mediodía de la razón y del poder del hombre sobre el mundo, volver a la penumbra, renunciar a la supremacía de la inteligencia? Yo creo que es necesario. La humanidad perfecciona su poder de destrucción. Un hombre significa poco para nuestra moderna sabiduría. Pronto se discutirá si es tan cierto eso de la dignidad humana; si en ciertos sectores, sobre ciertos especímenes, no sería mejor aniquilar. Si no conviene más para la supervivencia del mundo la utilización de los avances (llamémoslos así) de la genética en la creación de una humanidad homogénea, dócil y laboriosa, cosa que ya es posible hacer mediante la multiplicación casi espectral de un individuo, y llevar así a su perfección el ideal de estado todopoderoso y la eliminación final del estorbo de lo individual. Estas consideraciones, hechas en el tono de ciencia ficción, están nutridas por el miedo, porque, en definitiva, tenemos miedo. Me tienta, por un instante, pensar en la posibilidad, patética y poética, de que nuestra renuncia a aceptar que los Dioses sean los rectores de la Historia haya puesto, sin que lo percibiéramos, a los demonios en el mando. Porque los Dioses mandan en el corazón de los hombres; los Dioses, si han vivido, han vivido en el corazón de los hombres, y significan sólo lo que hay en el hombre y en el mundo de más desconocido, de más misterioso, de más sagrado. Ciertamente, hay palabras que no significan nada para el gusto corriente de hoy. Sin embargo, alguna vez fueron el más alto calificativo de lo humano y de lo sobrehumano. Yo creo, por ejemplo, que para el común de los hombres ya no hay nada sublime. Esta pérdida del sentido de las

palabras significa un empobrecimiento en nuestra capacidad de sentir y de concebir.

Ahora bien, Hölderlin sabe que los Dioses existen, aunque tal vez sabe también, como el argentino, que "darles nombre de Dios no nos ayuda", y sabe que los Dioses no son conscientes de su propia existencia. Es una de las más bellas concepciones de la Divinidad que he conocido. Los Dioses necesitan de los hombres porque sólo los hombres pueden darles conciencia de su propia existencia. Y en esa medida sólo sienten a través de nosotros. La verdad es que los poetas volverán a ocupar el lugar que les corresponde en el orden del mundo. No en las antologías ni en las cátedras, sino en la anunciación de la nueva realidad, en la fundación de los nuevos mitos y en la promulgación de las nuevas leyes. Sólo entonces sabremos por qué fue necesario que durante tanto tiempo

"Vagaran por las comarcas bajo la noche sagrada..."

viendo cómo la Poesía, a la que involuntariamente consagraron sus vidas, perdía su valor a los ojos del pueblo y veía desfigurarse su poder original de sacralizar la tierra y de hacerla habitable.

Creo, pues, que son también función de la Poesía nombrar como por vez primera las cosas del mundo, dignificar todo lo que existe, crear un ámbito propicio para la vida y ser el lazo sagrado entre el hombre y el mundo. La Biblia, los Vedas, el Corán, los poemas Homéricos, Virgilio, Dante, Shakespeare, son entre tantos las pruebas de que la poesía dicta la ley e instaura el orden social, y de que con ella comienzan y terminan las épocas. Existe también para ayudar nos a extrañar el mundo, para procurarnos el estupor que está en la raíz de toda reflexión, el asombro que da lugar al pensamiento. Es un juego de armonías, la exposición de un equilibrio y de un ritmo, y por ello su manera en nuestra relación con ella es el goce estético.

La liebre salta, brilla y cruza, aquí es azul, allá es dorada, aquí se esconde en las madrigueras de la religión, allá aparece mitrada y blasfema, sabe que la hemos perseguido un tiempo por campos a veces áridos, frondosos, sabe qué poco hemos descifrado en el juego de sus metamorfosis; que nadie sabrá antes bajo qué forma, con qué colores y con qué música hará su próxima aparición en el escenario del mundo, y tal vez quiere, en el fondo, que nos le parezcamos, que oyendo los muchos tonos de su voz, viendo los muchos matices de su piel sintiendo los muchos modos de su culto

por la belleza, también crezca en nosotros la ambición de ser movidos, ágiles, melódicos, poetas.

Por todo lo que he dicho y por los sentimientos tal vez indecibles que nos aguardan en sus obras, quiero añadir que Aurelio Arturo ha cumplido de un modo admirable con su misión en la Historia de nuestro país y de nuestra cultura. Que es un privilegio y una felicidad haber nacido en la misma época en que nació su poesía.

WILLIAM OSPINA. Abogado, escritor, con el anterior trabajo inauguró la cátedra de poesía de la Universidad de Nariño.